

SUCURSALES  
Calle Vizcaya, 14. - Bilbao.  
Calle de la Constitución, 20. - Bilbao.  
DIRECCIÓN  
Oficina central, 1. - Bilbao.

# Barandiaran y Compañía

## DROGUERIA Y PERFUMERIA

**Jarabe Pagliano**  
REFURATIVO Y REFRESCANTE DE LA SANGRE  
del Profesor ERNESTO PAGLIANO  
R. E. Dirigido en Nápoles Prof. ERNESTO PAGLIANO, 4, Calle San Marco, y a los revendedores por mi autorizados

Depositarios exclusivos en el Norte de España: Los señores Barandiaran y Compañía. - BILBAO.



LA MEJOR TINTURA PROGRESIVA  
ES  
**LA FLOR DE ORO**

USADO ESTA PRIVILEGIADA AGUA



ESTÓMAGO  
INTESTINOS  
MIGA D O  
Y E J I G A  
- B I L B A O -

Aguas minero-medicinales, naturales de VILLAZA. Unicas para combatir con éxito esas afecciones. Carbónadas, Sódicas, Litínicas. Pídense en farmacias, droguerías, restaurantes, etc. Único deposito J. De Yrigoyen.

El cabello abundante y hermoso es el mejor atractivo de la mujer. Nunca tendréis crines ni seréis calvos. La flor de oro es la mejor de todas las tinturas para el cabello y la barba, no mancha el cuero cabelludo. Esta tintura no tiene ni efecto de pista, y con su uso el cabello se conserva siempre fino, brillante y negro. Esta tintura se usa sin necesidad de preparación alguna, ni siquiera debe lavarse el cabello, ni antes ni después de la aplicación, aplicándose con un pequeño cepillo, como si fuese bandolilla. Usando esta agua se cura la caspa, se evita la caída del cabello, se suaviza, se aumenta y se perfuma.

Es tónica, vigoriza las raíces del cabello y evita todas sus enfermedades. Por eso se usa también como higiénica. Conserva el color primitivo del cabello, ya sea negro ó castaño; el color depende de más ó menos aplicaciones. Esta tintura dejó el cabello tan hermoso que no es posible distinguirlo del natural, si se aplica se hace bien. La aplicación de esta tintura es tan fácil y cómoda, que uno sólo se basta; por lo que si se quiere, la persona más íntima ignora el artificio. Con el uso de esta agua se curan y evitan las PLACAS, cesa la caída del cabello, existe su crecimiento, y como el cabello adquiere nuevo vigor. NUNCA SE QUEDAN CALVOS.

No sirve en ningún caso más las personas que deseen conservar el cabello hermoso y la cabeza sana y limpia con sólo una aplicación cada ocho días, y si a la vez deseas teñir el pelo, hágase lo que dice el prospecto que se acompaña con la botella.

De venta: En Bilbao: Señores Barandiaran y Compañía, Articalea, número 35, Estación y Gran Vía, 15, y principales droguerías y perfumerías de España. Al por mayor en Madrid, Martín y Durán y en Barcelona, Vicente Ferrer y Compañía, y Uriach y Compañía.

EL MEJOR RECONSTITUYENTE  
**FOSFOGENOL VIDART**

Glicofosfato Arrenesil Vanadato sódico. Medicamento preconizado para el tratamiento y curación de la Tubercolosis incipiente. Neurastenia, Anemia, Ráquisismo, Insuficiencia. Dolor de estómago. Al por mayor: Pérez Martín Velasco y Compañía, Alcalá, 7, Madrid.

**LIFE BUDDY**

Jabón medicinal desinfectante de exclusivo uso en el Santo Hospital. Toda casa debe tenerlo. De venta en Farmacias y Droguerías. **JABÓN**

De venta en farmacias y droguerías j.d.

**ACEITE HOGG**  
de HOGAR FRESCO de BACALAO, NATURAL y MEDICINAL (TRÍANGULARES)  
ÚNICO PROPRIETARIO: HOGG, 12, Rue Paul Baudry, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS  
Para pedidos directos e indirectos, dirigirse a CERRILAN y C., Barcelona.

PROBÁD EL  
**CHAMPAGNE BINET REIMS**  
SUPERIOR A LOS DE IGUAL PRECIO

Un anuncio de dos líneas durante un mes (treinta inserciones) costará 4 pesetas 50 céntimos.

Folleto de El Noticiero Bilbao (7)

**LA CIUDADANA TERESA**

LOS VOLUNTARIOS DEL 92

ERICKMAN-CHATHIAN

en retirada se lanzó fuera blandiendo su hacha como un energúmeno, gritando: «¡Dónde están esos tunantes? ¿dónde están? ¡quiero exterminarlos a todos!». «Ah! — le dije yo, ya se han marchado, pero si queréis, corriendo un poco todavía podéis alcanzarlos al salir del pueblo».

Entonces me miró al solsticio, y viendo que no tenía malaicia, corrió á donde estaba el fuego.

Otras pueras se abrieron al mismo tiempo; salían hombres y mujeres que miraban con precaución, y luego levantaban las manos al cielo gritando: «¡Malditos sean! ¡Malditos sean!» y cada cual iban presuroso en busca de su cubeta para contribuir á apagar el incendio.

Este fué estúpido bien pronto invadido por la gente, no viéndose ningún claro entre los lados hasta los pasadizos de las casas amenazadas. Algunos soldados de pie encima de los tejados echaban el agua en la llama, pero todo lo más que se pudo conseguir fué preservar del fuego las casas vecinas. Serían las once de la noche cuando subió hasta el cielo una manga de fuego ardiendo; entre los carruajes amontonados se hallaba la carreta de la camionera y acababan de estallar las dos botas de aguardiente que había en ella.

Mi tío Jacobo también formaba parte de la cadena, al otro lado de casa, bajo la vigilancia de los centinelas austriacos;

sin embargo consiguió escaparse atravesando un patio y se entró en casa por los jardines.

—Dios poderoso, exclamó, ¡Fritz! está salvó!

En aquella circunstancia comprendí que me quería mucho, porque me abrazó preguntándome:

—¿Dónde has estado, pobre niño?

En la ventana, le contesté.

Entonces se puso muy pálido y gritó:

—¡Lisbeth! — Lisbeth!

Esta no contestó y hasta nos fué imposible encontrarla; recorrimos todas las habitaciones, mirando hasta debajo de las camas, y creímos que se había puesto en salvo en casa de algún vecino.

En este intervalo acabaron por dominar el fuego, y de repente oímos gritar á los austriacos en la calle: «¡Pueras... fueras!». «Ah! — le dije yo, ya se han marchado, pero si queréis, corriendo un poco todavía podéis alcanzarlos al salir del pueblo».

Entonces me miró al solsticio, y viendo que no tenía malaicia, corrió á donde estaba el fuego.

Otras pueras se abrieron al mismo tiempo; salían hombres y mujeres que miraban con precaución, y luego levantaban las manos al cielo gritando: «¡Malditos sean! ¡Malditos sean!» y cada cual iban presuroso en busca de su cubeta para contribuir á apagar el incendio.

Este fué estúpido bien pronto invadido por la gente, no viéndose ningún claro entre los lados hasta los pasadizos de las casas amenazadas. Algunos soldados de pie encima de los tejados echaban el agua en la llama, pero todo lo más que se pudo conseguir fué preservar del fuego las casas vecinas. Serían las once de la noche cuando subió hasta el cielo una manga de fuego ardiendo; entre los carruajes amontonados se hallaba la carreta de la camionera y acababan de estallar las dos botas de aguardiente que había en ella.

El burgomaestre y los concejales de Anstalt con su traje de buriel con man-

gas anchas y la cabeza descubierta, le aguardaban en la plaza. Se detuvo en ella dos minutos, contempló los muertos amontonados alrededor de la fuente y preguntó:

—Era mucha la fuerza que tenían aquí los franceses?

—Un batallón, excelente señor, contestó el burgomaestre humildemente encorvado.

El general no despegó sus labios. Levantó el tricornio en señal de salud y prosiguió su marcha.

Entonces llegó la segunda división: iban á la cabeza los carabines franceses, con su verde uniforme, sus sombreros con las alas dobladas y sus carabinas de Ingraham de boca forzada; luego seguía más infantería con uniforme blanco, calzones azul celeste y los botines que les subían por encima de la rodilla; luego venía la caballería de linea, compuesta de hombres que tenían seis pies de estatura encerrados en sus corazas, á los cuales no se les veían más que la barba y los largos bigotes rojos que salían por debajo del casco, y finalmente los grandes carrozales de la ambulancia, cubiertos de toldos grises colgados sobre ellos, y detrás los aspavientos, rezagados y poltronas.

Los cirujanos de las divisiones recorrieron la plaza. Levantaron á los heridos, los colocaron en sus carriajes, y uno de los jefes, un viejo con peluca blanca, dirigió al burgomaestre señalando á los que quedaban tendidos:

—Haced enterrar esos muertos lo más pronto posible.

—Observaré vuestras órdenes, contestó gravemente el burgomaestre.

Por fin partieron los últimos carros cuando se acercó próximamente las seis de la tarde. Ya había anochecido. Mi tío Jacobo permaneció en el umbral de la casa conmigo. En frente de nosotros, á cincuenta pasos, tenían los muertos, tendidos sobre las baldosas de la fuente, estaban colocados boca arriba, con los ojos muy abiertos y blancos como la cera, porque se habían desangrado. Las mujeres y los niños del pueblo se pasaban alrededor de ellos.

El burgomaestre y los concejales de Anstalt con su traje de buriel con man-

gas anchas y la cabeza descubierta, le aguardaban en la plaza. Se detuvo en ella dos minutos, contempló los muertos amontonados alrededor de la fuente y preguntó:

—Era mucha la fuerza que tenían aquí los franceses?

—Un batallón, excelente señor, contestó el burgomaestre humildemente encorvado.

El general no despegó sus labios. Levantó el tricornio en señal de salud y prosiguió su marcha.

Entonces llegó la segunda división: iban á la cabeza los carabines franceses, con su verde uniforme, sus sombreros con las alas dobladas y sus carabinas de Ingraham de boca forzada; luego seguía más infantería con uniforme blanco, calzones azul celeste y los botines que les subían por encima de la rodilla; luego venía la caballería de linea, compuesta de hombres que tenían seis pies de estatura encerrados en sus corazas, á los cuales no se les veían más que la barba y los largos bigotes rojos que salían por debajo del casco, y finalmente los grandes carrozales de la ambulancia, cubiertos de toldos grises colgados sobre ellos, y detrás los aspavientos, rezagados y poltronas.

Los cirujanos de las divisiones recorrieron la plaza. Levantaron á los heridos, los colocaron en sus carriajes, y uno de los jefes, un viejo con peluca blanca, dirigió al burgomaestre señalando á los que quedaban tendidos:

—Haced enterrar esos muertos lo más pronto posible.

—Observaré vuestras órdenes, contestó gravemente el burgomaestre.

Por fin partieron los últimos carros cuando se acercó próximamente las seis de la tarde. Ya había anochecido. Mi tío Jacobo permaneció en el umbral de la casa conmigo. En frente de nosotros, á cincuenta pasos, tenían los muertos, tendidos sobre las baldosas de la fuente, estaban colocados boca arriba, con los ojos muy abiertos y blancos como la cera, porque se habían desangrado. Las mujeres y los niños del pueblo se pasaban alrededor de ellos.

El burgomaestre y los concejales de Anstalt con su traje de buriel con man-

gas anchas y la cabeza descubierta, le aguardaban en la plaza. Se detuvo en ella dos minutos, contempló los muertos amontonados alrededor de la fuente y preguntó:

—Era mucha la fuerza que tenían aquí los franceses?

—Un batallón, excelente señor, contestó el burgomaestre humildemente encorvado.

El general no despegó sus labios. Levantó el tricornio en señal de salud y prosiguió su marcha.

Entonces llegó la segunda división: iban á la cabeza los carabines franceses, con su verde uniforme, sus sombreros con las alas dobladas y sus carabinas de Ingraham de boca forzada; luego seguía más infantería con uniforme blanco, calzones azul celeste y los botines que les subían por encima de la rodilla; luego venía la caballería de linea, compuesta de hombres que tenían seis pies de estatura encerrados en sus corazas, á los cuales no se les veían más que la barba y los largos bigotes rojos que salían por debajo del casco, y finalmente los grandes carrozales de la ambulancia, cubiertos de toldos grises colgados sobre ellos, y detrás los aspavientos, rezagados y poltronas.

Los cirujanos de las divisiones recorrieron la plaza. Levantaron á los heridos, los colocaron en sus carriajes, y uno de los jefes, un viejo con peluca blanca, dirigió al burgomaestre señalando á los que quedaban tendidos:

—Haced enterrar esos muertos lo más pronto posible.

—Observaré vuestras órdenes, contestó gravemente el burgomaestre.

Por fin partieron los últimos carros cuando se acercó próximamente las seis de la tarde. Ya había anochecido. Mi tío Jacobo permaneció en el umbral de la casa conmigo. En frente de nosotros, á cincuenta pasos, tenían los muertos, tendidos sobre las baldosas de la fuente, estaban colocados boca arriba, con los ojos muy abiertos y blancos como la cera, porque se habían desangrado. Las mujeres y los niños del pueblo se pasaban alrededor de ellos.

El burgomaestre y los concejales de Anstalt con su traje de buriel con man-

gas anchas y la cabeza descubierta, le aguardaban en la plaza. Se detuvo en ella dos minutos, contempló los muertos amontonados alrededor de la fuente y preguntó:

—Era mucha la fuerza que tenían aquí los franceses?

—Un batallón, excelente señor, contestó el burgomaestre humildemente encorvado.

El general no despegó sus labios. Levantó el tricornio en señal de salud y prosiguió su marcha.

Entonces llegó la segunda división: iban á la cabeza los carabines franceses, con su verde uniforme, sus sombreros con las alas dobladas y sus carabinas de Ingraham de boca forzada; luego seguía más infantería con uniforme blanco, calzones azul celeste y los botines que les subían por encima de la rodilla; luego venía la caballería de linea, compuesta de hombres que tenían seis pies de estatura encerrados en sus corazas, á los cuales no se les veían más que la barba y los largos bigotes rojos que salían por debajo del casco, y finalmente los grandes carrozales de la ambulancia, cubiertos de toldos grises colgados sobre ellos, y detrás los aspavientos, rezagados y poltronas.

Los cirujanos de las divisiones recorrieron la plaza. Levantaron á los heridos, los colocaron en sus carriajes, y uno de los jefes, un viejo con peluca blanca, dirigió al burgomaestre señalando á los que quedaban tendidos:

—Haced enterrar esos muertos lo más pronto posible.

—Observaré vuestras órdenes, contestó gravemente el burgomaestre.

Por fin partieron los últimos carros cuando se acercó próximamente las seis de la tarde. Ya había anochecido. Mi tío Jacobo permaneció en el umbral de la casa conmigo. En frente de nosotros, á cincuenta pasos, tenían los muertos, tendidos sobre las baldosas de la fuente, estaban colocados boca arriba, con los ojos muy abiertos y blancos como la cera, porque se habían desangrado. Las mujeres y los niños del pueblo se pasaban alrededor de ellos.

El burgomaestre y los concejales de Anstalt con su traje de buriel con man-

gas anchas y la cabeza descubierta, le aguardaban en la plaza. Se detuvo en ella dos minutos, contempló los muertos amontonados alrededor de la fuente y preguntó:

—Era mucha la fuerza que tenían aquí los franceses?

—Un batallón, excelente señor, contestó el burgomaestre humildemente encorvado.

El general no despegó sus labios. Levantó el tricornio en señal de salud y prosiguió su marcha.

Entonces llegó la segunda división: iban á la cabeza los carabines franceses, con su verde uniforme, sus sombreros con las alas dobladas y sus carabinas de Ingraham de boca forzada; luego seguía más infantería con uniforme blanco, calzones azul celeste y los botines que les subían por encima de la rodilla; luego venía la caballería de linea, compuesta de hombres que tenían seis pies de estatura encerrados en sus corazas, á los cuales no se les veían más que la barba y los largos bigotes rojos que salían por debajo del casco, y finalmente los grandes carrozales de la ambulancia, cubiertos de toldos grises colgados sobre ellos, y detrás los aspavientos, rezagados y poltronas.

Los cirujanos de las divisiones recorrieron la plaza. Levantaron á los heridos, los colocaron en sus carriajes, y uno de los jefes, un viejo con peluca blanca, dirigió al burgomaestre señalando á los que quedaban tendidos:

&lt;p